

**La vacuna  
contra el hambre**

Mario Crespo

**en el mar**  
editorial

Primera edición: octubre de 2021

Reimpresión: febrero de 2022

© Texto: Mario Crespo

© Diseño cubiertas: Celia López Bacete [www.celialopezbacete.com](http://www.celialopezbacete.com)

© Ilustración cubiertas: Azul Espacial @azulespacial

Maquetación y diseño interior: Lara Losada

ISBN-13: 978-84-122632-5-1

Depósito legal: D.L. TO 266-2021

Impreso en Madrid, España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.

«Pero tú y tus amigas rara vez os acercáis a un pobre para saber de su misma boca la causa de su miseria... ni para observar qué clase de miseria le aqueja, pues hay algunas tan extraordinarias, que no se alivian con la fácil limosna del ochavo... ni tampoco con el mendrugo de pan».

Benito Pérez Galdós, *Marianela*

## **PREFACIO**

### **Epifanía**

Son las 10:00 horas de un sábado cualquiera de otoño. El cielo presenta una pavorosa tonalidad plúmbea; da la impresión de que su bóveda, pesada como el hormigón, está a punto de caer sobre la ciudad. La luz es tenue como un recuerdo añejo. Las predicciones meteorológicas anuncian chubascos dispersos. No se espera una gran afluencia de coches en las carreteras radiales que conectan la capital con el resto del país.

Amparado en estos datos, monto a mi hijo en el coche y me dispongo a viajar a mi ciudad natal, donde reside mi familia, para pasar el fin de semana. El niño se he levantado inapetente y apenas ha desayunado. Así que cojo un paquete de galletas por si el hambre apareciese durante el viaje. No obstante, lo más probable es que se quede dormido. El traqueteo le relaja hasta debilitar su resistencia. Y, con tres años recién cumplidos, dormir le nutre casi tanto como comer.

Salimos del garaje y ponemos rumbo a la carretera. Quince minutos más tarde, mientras nos acercamos a la AP6, intuyo que algo va mal; el tráfico es excesivo a esas horas de la mañana. La circulación muy densa. De la impresión de que estamos en medio de una operación salida. Preveo que habrá retenciones más adelante.

Y en efecto: apenas unos minutos más tarde, quedamos atrapados por las garras de una congestión. Así las cosas, enciendo el GPS y observo que se ha producido un atasco de varios kilómetros. Es posible que se deba a un accidente. Es la única explicación para semejante anomalía.

El niño dormita en la silla de seguridad del asiento trasero con la cabeza caída hacia adelante. Parece un Cristo en la cruz. Con la espalda pegada al respaldo. Al límite del escorzo. La posición forzada por la estructura. Su rostro derrocha felicidad; levita ajeno al maremágnum de vehículos que nos rodea.

Al cabo de un rato, dos coches de la Guardia Civil se abren paso entre el río de metal con las sirenas encendidas. Ha debido ser una colisión muy aparatosa,

de otro modo no se entiende tanta inmovilidad. Cuando por fin echamos a andar, el niño se despierta. Según el GPS, aún estamos lejos de salir de esa maraña metálica que cubre por completo el asfalto; más de treinta minutos para cruzar el lugar donde los coches han colisionado. Espero que no haya heridos, pero, de forma egoísta, mi mayor preocupación es escapar de allí enseguida, pues el niño, además de sueño, también tiene hambre. Tanta que no tarda más de cinco minutos en comerse todas las provisiones de galletas.

Entonces comienza el calvario. Mientras los limpiaparabrisas barren la capa de agua que empaña mi visión, una frase horada mi cabeza: «papá, tengo hambre». Yago no tiene edad suficiente para entender que estamos en un atasco, que no tengo más comida y que, en cuanto salgamos de allí, pararemos en una gasolinera y le compraré lo que quiera. Él solo entiende que tiene hambre. Es un impulso animal. Irracional. Una necesidad que necesita cubrir de inmediato, sin racionalizar, sin poder controlar su mente y prepararla para aguantar un rato el sufrimiento.

De forma maquinal, repite: «papá, tengo hambre». Una, dos, tres, cien veces... Después comienza a llorar. El hambre le irrita. Le pone nervioso. Está atado a la silla como un lunático. Miro hacia el asiento de atrás con desazón y ternura. Luego miro hacia un lado. Parece que, poco a poco, la caravana avanza. Con suerte, en unos veinte minutos podremos circular con normalidad. Pero veinte minutos escuchando «papá, tengo hambre» en bucle pueden ser una suerte de tortura para mí y un suplicio para él, que, al fin y al cabo, es el que tiene hambre.

Es entonces cuando me doy cuenta de algo que no había experimentado nunca; el sufrimiento y la frustración que provoca el hecho de que tu hijo tenga hambre y no puedas alimentarlo. Un sentimiento provisional, en mi caso, pero suficientemente intenso como para entenderlo. Para vivirlo en primera persona. Los seres humanos somos así; nos cuesta sentir empatía. Podemos pensarla, racionalizarla, creer que la poseemos, pero no podemos sentirla hasta que no la experimentamos.

Existen en el mundo más de trescientos millones de padres que no pueden alimentar a sus hijos a diario. El «papá, tengo hambre» resonando a todas horas en sus cabezas, en millones de cabezas, en mi cabeza. ¡Es terrible! Nadie debería pasar por el trago de no poder alimentar a sus hijos. Es un derecho universal que sin embargo no se cumple. Y, lo peor, quienes tenemos alimentos de sobra, no nos preocupamos por ello. Lo vemos como una ficción que solo sucede en las películas o en países remotos donde los seres humanos viven y sufren como animales.

Media hora después paramos en una gasolinera y compramos galletas y zumo y chuches. Y el «papá, tengo hambre» se desvanece en la humareda del recuerdo; una vivencia que todos los padres occidentales deberíamos experimentar para entender que el hambre y la desnutrición infantil son las mayores vergüenzas a las que se enfrenta la humanidad. Aunque quizá sean las mayores vergüenzas porque la humanidad, en vez de enfrentarlas, las obvia.

## **India**

Unos meses después de este episodio decidí enrolarme en un viaje por el norte de India, donde tuve la oportunidad de visitar varios proyectos solidarios, de realizar un curso de cooperación internacional y de presenciar cómo se mueve la serpiente del hambre en los países del Sur, zigzagueando entre los niños y los adultos, atacando el crecimiento, la nutrición, el desarrollo.

Un año antes había comenzado a coordinar un sistema de donación de libros a través de la biblioteca donde trabajo. Las donaciones habían ido a parar a tres ONG españolas. Una cooperante que trabaja para una de ellas me propuso un proyecto de mayor entidad: montar una biblioteca infantil en una aldea de Etiopía donde acababan de levantar una escuela. Un plan —a ejecutar en el verano de 2020— con el que me comprometí a pesar de no tener experiencia en el mundo de la cooperación. Así las cosas, en el verano de 2019 tomé la decisión de viajar a India para introducirme en el mundo de la solidaridad internacional; para bajar al barro y trabajar sobre el terreno.

De mi experiencia asiática, y de todos mis estudios y lecturas posteriores, surgió la idea de que acabar con el hambre no podía ser una utopía. Me negaba a que lo fuera, pues tras contemplar a la bestia y entrevistar a aquellos que intentan dominarla, me di cuenta de que sí se puede, de que acabar con el hambre y sentar las bases del futuro en los países en vías de desarrollo es posible si alguien o algo consigue implicar a todos los actores necesarios en este gran proyecto global; el único proyecto, el más necesario, que debe proveer a la humanidad de su necesidad más básica, el alimento.

Pero volvamos a India. Escribe el Premio Nobel V.S. Naipaul en *Una zona de oscuridad* una frase que sirve de advertencia y de consejo: «hay que dejar que la India fluya en ti». Esto es algo difícil de entender para quien no haya visitado el país y una máxima para quien llega a Delhi por primera vez. La capital es un lugar extenuante, demasiado intenso para un primer contacto con el subcontinente. La Vieja Delhi exige a los sentidos trabajar sin descanso: los olores del alcantarillado, de las especias, de los excrementos animales; las

voces de los mercaderes, de los conductores de *ricks-haws*, de los vendedores de fruta; la visión de la pobreza y del trabajo infantil; los sabores de una dieta vegetariana. Un *totum revolutum* donde cruzar la calle se convierte en una actividad de riesgo. Sin embargo, con el paso de los días, mientras se profundiza en el país y el cuerpo se acostumbra al clima, la India se adhiere a los tejidos como el olor de una freidora, hasta que llega un momento en que uno no puede desprenderse de esa fragancia, quedando enganchado a ella para siempre, irremediabilmente.

Esto fue lo que le sucedió a María Bodelón, una gallega que trabajaba como ejecutiva en una multinacional tabacalera de Londres y que, una vez hubo alcanzado la cima profesional y entendió que aquello no le satisfacía, decidió recorrer el mundo en solitario. Cuando conoció la ciudad sagrada del hinduismo, Varanasi (la antigua Benarés), quedó tan conmovida por la miseria que recorre sus calles y por la vulneración de derechos que sufre la infancia que decidió cursar un máster en cooperación al desarrollo para posteriormente fundar su propia ONG: Semilla para el Cambio.

India posee una población de 1.372 millones de habitantes, de los cuales un 20% vive con menos de dos dólares al día. Según UNICEF, el 46% de los niños menores de tres años sufre desnutrición, superando el índice de los países del África subsahariana. En India la emergencia sanitaria es continúa. Las causas son complejas y paradójicas, dado que el estado posee infraestructuras, partidas presupuestarias para la investigación nuclear, un elevado gasto armamentístico y un PIB que crece cada año, pero se trata de un país donde el 80% de la población es aún rural, donde gran parte de la economía es de subsistencia, donde la clase media apenas representa un 25% de la población y donde las condiciones higiénico-sanitarias son escasas, primitivas o directamente inexistentes. Además, la civilización india es milenaria y gran parte de la ciudadanía sigue apegada a la religión y las supersticiones. Aferrada a las tradiciones. En las zonas rurales, aún hay familias que consideran más importante conseguir una buena dote para la boda de la hija que mejorar la calidad de la alimentación familiar.

María Bodelón y Semilla para el Cambio trabajan junto a las comunidades más desfavorecidas de Varanasi. Por un lado, los recogedores de basura que viven en los *slums* (barrios de chabolas) del barrio de Sigra. Por otro, los lavaderos que habitan en el área de Dashashwamedh, un entramado de callejuelas junto al Ganges. Tuve la oportunidad de visitar, junto a María, las viviendas de algunas de estas familias. Resulta paradójico que las chabolas de Sigra, construidas con plásticos y palos sobre un terreno enfangado, parezcan más habitables que los zulos de Dashashwamedh. Comprimidas en calles angostas, estas ínfimas viviendas de ladrillo poseen varias habitaciones y una letrina compartida. En cada una de las habitaciones, sin ventanas, sin ventilación, sin luz, sin oxígeno, se hacían los miembros de una familia con independencia de su número: cuatro, cinco, siete... Comparten cama, estanterías, armario, una vieja y destartada televisión, y colocan sus escasos enseres con la precisión de quien está obligado a maximizar el espacio.

Gracias a la labor realizada por Semilla para el Cambio, en los últimos diez años se ha operado un notable desarrollo social en los barrios de Sigra y Dashaashwamedh. Veamos: el trabajo infantil se ha reducido hasta el 25%; la tasa de fertilidad ha disminuido hasta los 3,5 hijos por familia; la alfabetización de los adultos ha alcanzado a un 40% de la población chabolistá y la mortalidad infantil ha descendido un 60%. En la sede de la ONG no solo se cursan clases de apoyo y se garantizan dos comidas diarias a los niños en edad escolar, también se proporciona asistencia sanitaria, se ofrece formación para adultos, se fomenta la planificación familiar, se enseña corte y confección y se desarrolla el programa Marina Silk, por medio del cual muchas recogedoras de basura trabajan ahora como costureras. Se trata, en resumen, de un programa integral de desarrollo que ofrece grandes oportunidades tanto a los mayores como a las nuevas generaciones, que, en vez de recoger basura, recogerán los frutos de las semillas plantadas por María.

El trabajo de Bodelón y su equipo es pues un éxito humanitario, una de esas heroicidades que no

suelen ser noticia, pero que sin embargo poseen consecuencias cruciales para la existencia de muchas personas que han tenido la desgracia de nacer en una parte olvidada del Lejano Oriente, ya que cimenta la estructura de un edificio llamado igualdad. Una utopía convertida en realidad mediante la colaboración de gente que entiende que los beneficiarios de estas ayudas no son responsables de su vulnerabilidad. Así pues, Semilla para el Cambio gestiona con eficiencia la solidaridad de muchos donantes que colaboran a través de los apadrinamientos, las membresías o la adquisición de productos de artesanía. Debido a su generosidad, la ONG acoge hoy día a más de doscientos cincuenta niños en su programa de educación y más de setecientas personas en su dispensario médico.

Es importante resaltar que en las zonas donde trabajan estas ONG la población suele tener garantizadas, al menos, un par de comidas al día. Son zonas que prosperan. Tienen alimento, educación y sanidad. Tienen seguridad. Así las cosas, la pregunta que me vino a la mente tras conocer distintos proyectos solidarios en India fue: ¿Y si en cada zona, cada área, cada región,

cada barrio del mundo con necesidades alimenticias, higiénicas y educacionales hubiera una organización no gubernamental que cumpliera esta función? Se lo comenté a los coordinadores de las ONG con las que colaboré, a los compañeros, a los voluntarios, a los nativos, y todos me dijeron lo mismo: eso es imposible.

### **Covid-19**

Seis meses después de mi viaje a India, a principios de febrero, irrumpió en nuestras vidas un nuevo virus proveniente de la ciudad china de Wuhan al que al principio no le otorgamos demasiada importancia. Se llamaba coronavirus y transmitía una enfermedad conocida como Covid-19. Día a día, incluso minuto a minuto, fue ganando presencia en los medios y en las conversaciones. Primero invadió el Sudeste Asiático, luego alcanzó Oriente Medio y más tarde se introdujo en Europa. Entonces casi nadie supo interpretar la amenaza que representaba. Su capacidad de transmisión era tan alta que podía colapsar los servicios sanitarios de cualquier país occidental.

Cuando el virus se expandió por Italia, ya era tarde para el resto de Europa. Poco a poco, se produjo el cese de la actividad académica, el confinamiento y la detención del mundo. Nuestras vidas se pararon. Se apagaron. Una situación extraña y ficticia con tintes de delirio colectivo o experimento social. De repente estábamos encerrados en casa, sin libertad, con salidas esporádicas para proveernos de alimento, alejados de nuestros familiares, sin tener adonde ir; no había donde consumir, donde correr, donde jugar. No había nada. Ni siquiera los bancos de madera de la calle podían ser utilizados para descansar nuestra humanidad. Hasta el tiempo había desaparecido; se había transformado en espacio, un vacío inmenso que cubría el exterior de nuestras vidas. Un escenario distópico, irreal y futurista, una suerte de experiencia alucinógena que cambió nuestra forma de vida y nuestra percepción del mundo.

La Covid-19 se globalizó cuando el virus cruzó el charco y conquistó América. La del Sur colapsó por pobre. La del norte por avariciosa y soberbia. Para en-

tonces el coronavirus ya había visitado África. El continente más vulnerable. Las debilidades de sus sistemas de salud estremecieron al mundo; si el virus golpeaba al continente la herida sería mortal.

En los inicios del confinamiento hablé por teléfono con un amigo que reside y trabaja en Dubái; vivió durante una década en Namibia. Su pareja es natural de Zambia. Conoce el terreno. Conoce al pueblo africano. Conoce sus limitaciones, pero también sus increíbles fortalezas. Pues bien, mi amigo vaticinó, muy seguro de sí mismo, que el coronavirus no golpearía a la población africana con la saña que lo había hecho en los grandes países del hemisferio norte, pues sus gentes son más resistentes a los agentes externos, su media de edad es muy baja y su inmunidad de grupo ante los patógenos bastante elevada; la mayoría han superado durante la infancia la malaria, la hepatitis b, las fiebres tifoideas; han convivido con el ébola, con todo tipo de gérmenes y bacterias, y sus aguas son foco de terribles epidemias. Los africanos, en definitiva, son más resistentes a los agentes invisibles, me dijo mi amigo sin

apoyar su tesis en teoría científica alguna, como mera intuición.

Sin embargo, el tiempo confirmó su predicción. A pesar de que a lo largo del verano del 2020 la propagación vírica se hizo exponencial en los países más poblados: Sudáfrica, Nigeria y Argelia, el paso de la Covid-19 por África ha sido más discreto que por otras latitudes. La baja capacidad diagnóstica y la debilidad del sistema sanitario han contribuido además a la estabilidad de los positivos. Lamentablemente, los efectos colaterales de la epidemia en territorios en vías de desarrollo han lastrado la evolución de muchos países hasta hacerlos retroceder varias décadas, provocando una regresión humanitaria de extrema gravedad.

En nuestro país, el tejido social también ha sufrido los enganchones que produce la pobreza. Las colas del hambre —formadas en muchos casos por familias de clase media que jamás habían precisado la ayuda de los servicios sociales— se alargan día a día como orugas procesionarias. Por si esto fuera poco, la pandemia ha ensanchado también las diferencias de acceso

a la educación, pues las familias que se ahogan en el fondo de la brecha tecnológica y no disponen de recursos materiales, ni de acceso a Internet, ni siquiera pudieron disfrutar de servicios públicos básicos como la educación obligatoria durante el confinamiento.

Durante la primera ola, en España se aprobaron medidas como el ingreso mínimo vital y la imposibilidad de desahucio sin alternativa habitacional. Una decisión al principio discutida por un sector de la población y que sin embargo se aprobó con una abrumadora mayoría parlamentaria. Lo que demuestra que la pandemia no solo ha traído consigo la mayor crisis internacional durante décadas, sino también la conciencia de que la cooperación, la colaboración y la solidaridad son incuestionables en una sociedad civilizada.

### **Consecuencias**

El enemigo invisible puso en solfa la vulnerabilidad de un sistema excesivamente privatizado a lo largo de las últimas décadas para recordarnos que el individualismo liberal solo es efectivo para unos pocos en épocas de

bonanza y que las sociedades han de invertir en prevención e investigación; han de estar preparadas para posibles contingencias de salud que supongan un peligro para su población.

La situación surrealista vivida durante el confinamiento confirmó también que los medios de producción de los sectores primario y secundario, necesidades básicas como la alimentación y la vivienda, han de contar con resortes de seguridad. La agricultura está protegida en todos los países de la OCDE por medio de subvenciones, pero la vivienda no dispone de una oferta pública que cubra la demanda y evite la escalada de precios. Quien no dispone de un techo, depende de la caridad de otros.

La crisis del coronavirus ha manifestado por lo tanto la indispensabilidad del entramado solidario que proporcionan las ONG, las asociaciones vecinales, los colectivos sociales y las parroquias. Cuando estas organizaciones faltan o han de retirarse de una zona de emergencia, esa zona queda a merced del azar. Al comienzo de la epidemia de Covid-19, en campos de refugiados como el Moria, en Grecia, donde la situación

ya era crítica tras la llegada masiva de desplazados desde Turquía, Médicos sin Fronteras sostuvo los servicios básicos para evitar la propagación del virus ante la rigidez del gobierno griego y el abandono de la Unión Europea. Otros campamentos, como el de los rohingyás de Myanmar, el de los refugiados palestinos o los de quienes huían de las guerras de Yemen o Siria, fueron también sostenidos por las ONG. Los voluntarios del Open Arms cambiaron el barco de rescate de personas en el Mediterráneo por la ayuda en las residencias de mayores. En muchas zonas de la India la población comenzó a ser alimentada por los millones de ONG que operan en su territorio (la Fundación Vicente Ferrer distribuía más de 7.500 menús diarios en la ciudad de Anantapur). De hecho, la proliferación de las organizaciones no gubernamentales en el país a lo largo de las últimas dos décadas, ha provocado que estas se conviertan en una suerte de subcontratas de los gobiernos estatales, que se sirven de ellas para cubrir emergencias donde su administración no alcanza.

La llegada del virus agravó, además —y aún más— las diferencias socioeconómicas entre el Norte

y el Sur. Mientras en occidente algunas personas vivieron el confinamiento como un periodo vacacional; sin trabajar, disfrutando de la lectura y el ocio, tomando el sol en su jardín, en los países más pobres más de 3.000 millones de personas lo vivieron sin ni siquiera disponer de instalaciones para lavarse las manos con agua y jabón. De hecho, 2.200 millones de personas carecían de agua potable y 1.600 millones se hacinaban en espacios precarios o chamizos de fortuna construidos en las aceras. Los millones de personas que ganan un pequeño salario haciendo trabajitos en la calle, como recoger cartón o basura o acarrear bultos y paquetes; gente que subsiste gracias a una economía sumergida de billete arrugado y moneda de cobre, perdieron sus empleos. En India, salir clandestinamente era un riesgo que ningún trabajador del mercado negro se podía permitir, pues las multas eran elevadas y la represión violenta. Lo explicaban así desde Semilla para el Cambio en el boletín mensual que envían a sus socios:

«Cuando os enviamos el anterior boletín, el gobierno de India acababa de declarar el confinamiento. Concretamente, el 22 de marzo decretó primero un toque de queda simbólico, de tan solo un día. Pero al final de la jornada, el gobierno indio amplió dicha medida hasta el 31 de marzo y fue después extendido hasta el 15 de abril. De esta forma, y sin previo aviso, se inició el confinamiento en India. Esto evitó que miles de personas se desplazasen de un punto a otro del país, aunque los desplazamientos se venían produciendo ya desde días anteriores, motivados por el nerviosismo generado, a raíz de las noticias que llegaban de Europa. Para evitar que la gente incumpliera el confinamiento, el gobierno ha estado desplegando controles policiales en todas las carreteras y calles principales, con una política de «mano dura», golpeando a quienes no cumplirían con el decreto que obliga a quedarse en casa. Los más afectados por estas medidas que limitan el movimiento, obviamente, están

siendo los millones de trabajadores y trabajadoras de la economía informal, que viven al día y que ahora no pueden salir a trabajar para ganarse el pan. En la ciudad de Delhi, por ejemplo, miles de jornaleros que habían emigrado temporalmente desde las zonas rurales se han visto de pronto sin trabajo y sin dinero. Atascados en una ciudad que no es la suya, sin un plan organizado, sin transporte, ni comida. Esto ha provocado que muchos hayan emprendido el camino de regreso a casa a pie, con distancias de 200, 300 o más kilómetros por delante. Ante este hecho, el gobierno indio ha decidido fletar autobuses para evitar estos desplazamientos».

En resumen, el parón de las actividades económicas impuesto por los gobiernos para controlar la propagación del virus sumió en la pobreza a entre el 6% y el 8% de la población mundial; un retroceso de una década en la lucha contra la desigualdad, y de hasta treinta años en algunas regiones de África y Oriente

Próximo. En abril de 2020 la FAO publicó un informe en el que alertaba de que «alrededor de 265 millones de personas en países de ingresos medios y bajos sufrirán inseguridad alimentaria aguda a finales de 2020 a menos que se tomen medidas rápidas»:

«Sudán del Sur tenía el 61 por ciento de su población en un estado de crisis alimentaria (o peor) en 2019. Otros seis países también tenían al menos el 35 % de su población en un estado de crisis alimentaria: Sudán, Yemen, República Centroafricana, Zimbabue, Afganistán, Siria y Haití (...) Estos 10 países representan el 66 por ciento de la población total en situación de crisis o peor (Fase 3 IPC / CH o superior), 88 millones de personas».<sup>1</sup>

### **La necesidad de la vacuna contra el hambre**

La propagación de la epidemia y su conversión en pandemia me obligó a cancelar el viaje que tenía programado a Etiopía en el verano de 2020. El proyecto consistía en la creación de una biblioteca infantil en una

zona rural. Recuerdo que había quedado con una cooperante para planificar el proyecto la semana en que se suspendieron las clases en la Comunidad de Madrid. Nunca llegamos a reunirnos. En aquel momento había redactado ya las primeras cuarenta páginas de este libro. Durante el confinamiento escribí el resto; a golpe de actualidad, a veces imaginando, otras especulando cómo sería la vida durante la nueva normalidad, en qué situación quedarían los más desfavorecidos, los que antes de la pandemia sufrían malnutrición. Entonces más que nunca creí en la necesidad de esta obra; de que era el momento adecuado para que los lectores entendieran la realidad del hambre, la realidad de las víctimas. No soy economista, ni pertenezco a ninguna asociación, ni partido político, tampoco soy un veterano cooperante, ni siquiera un donante habitual de sangre o un voluntario de Cruz Roja, solo soy un escritor que ha investigado y explorado las posibilidades de acabar con el hambre y cuyas conclusiones pretende mostrar en este ensayo.

Aunque cueste creerlo, más de 800 millones de personas llevan viviendo economías de guerra años, décadas, algunos ni siquiera han vivido otra cosa. Y la mayor parte de la sociedad no le ha prestado atención alguna. Ha tenido que venir el coronavirus a recordarnos que la desdicha no es siempre culpa de quien la padece; que un día, de repente, sin que hayas hecho nada para merecerlo, un enemigo invisible que habita en el aire y las superficies se cuela en tu vida, la modifica y la destruye; aniquila a tus seres queridos sin que puedas despedirte de ellos; anula las reuniones y las fiestas; elimina los abrazos; te arrebató el pan y el futuro. Te convierte en silencio, y casi de un día para otro, en una figura abstracta y distante: en una víctima, algo a lo que siempre te habías referido en tercera persona, como si las víctimas fueran otros. En ese momento te ves encerrado entre los muros de la vida y haces dos cosas no excluyentes, a saber; buscar culpables y pedir auxilio.

Tras la pandemia, la lucha contra el hambre se ha vuelto más real; ya no es una ficción proyectada en una pantalla, porque toda nuestra vida se ha canalizado

a través de una pantalla y porque ahora las víctimas también podemos ser nosotros.